

Pedro Guillermo Jara

Tres



© Pedro Guillermo Jara
Edición Caballo de Proa
cabalodeproa@gmail.com
Valdivia, CHILE, mayo de 2010.



Aquiles curando a Patroclo

La amenaza

Enciendo el computador, un cigarrillo, acomodo mi café e inicio la rutina de revisar lo que he escrito la noche anterior. Luz, me digo, necesito luz y descorro la cortina de la ventana que da al patio.

Busco un archivo y de pronto siento una presencia tras la ventana. Levanto la vista y lo veo: su mano derecha sostiene una lanza que se pierde en lo alto; en su testa, un casco con una visera movable que protege sus ojos,

la mandíbula, la nuca y que remata en un penacho con una cola que onde al viento; un peto de cuero dibuja sus músculos del tórax; un manto de piel de cabra cae desde sus hombros; un escudo en el brazo izquierdo; una espada al cinto; un arco y un carcaj terciados a su espalda.

El centinela barre con su mirada el infinito, más allá de los muros. Desde la explanada Aquiles, desnudo, como loco, le hace gestos exhibiendo sus testículos. No le hace caso, el soldado está acostumbrado a estas obscenidades después que Aquiles perdió a Patroclo en la última batalla.

Una barba de días cubre el rostro ceñudo del centinela. Adivino que observa a los Aqueos que acampan en lontananza en este largo asedio que se prolonga por diez años.

¡Mierda!, murmuro, aprieto la tecla “Suprimir” y el Troyano desaparece.



Caballitos de miga

Para Leonardo Gálvez

Desde niño el hombre había inventado figuritas con migas de pan. Desde sus manos de pájaro y saliva nacían rositas, muñecas bávaras, muñecas tirolesas, geishas, carruajes, mariposas, hasta que cierta tarde el instinto le ordenó la fabricación de caballitos.

Y nacieron caballos alados, con penachos, monturas, caballos marinos, vestidos de ritmo.

Ya adulto fabricaba caballos llenos de encanto y peligrosidad.

En plena noche fabricó el último caballo de su vida: “era del tamaño de un monte, con tablas de abeto en los costados muy bien ajustadas”*.

A la noche subsiguiente los hombres descendieron desde el vientre del animal –eran hombres escogidos– y abrieron de par en par las puertas de Troya.

* Virgilio, “La Eneida”, Cap. III



Polifemo, de Annivale Carracci

La venganza

En la isla Intiqarka, en el lago Titicaca, nació un niño cíclope. Sus padres, avergonzados, se lo entregaron a un viejo pastor que lo crió, enseñándole la vida sana, el buen juicio y las artes de la guerra: la lucha cuerpo a cuerpo, simulacros de combate, trepar cerros, nadar, hacer señales de humo, construir trampas. Y le puso por nombre Juan Quispi.

Cierta noche Juan soñó con una isla lejana y una voz

que le decía: “Ve a cobrar venganza”.

Su mentor le dijo: “Sé preciso, que no te tiemble la mano, que el Dios Inti te proteja, toma, lleva esto para tu viaje”, le dijo y le extendió una bolsita con coca. Juan tomó su huacachina y huachi, su arco y las flechas; su escudo cubierto con cuero de venado; su umachina, casco de metal, y su coraza de oro, plata y bronce.

La aurora temprana de dedos de rosa lo vieron partir. Y voló sobre la ruta de las aguas.

Una lóbrega noche sin luz y sin vista, Juan Quispi descendió en la playa de la isla. Llegó al palacio, cruzó el umbral de madera de fresno. Euriclea dormía profundamente. Laertes, distante del palacio, no escuchó nada, tampoco Eumeo, mayoral de los cerdos. Argos no ladró.

Juan ingresó al salón de las armas de bronce gloriosos. En el muro colgaban yelmos, combados broqueles, lanzas agudas, el arco retráctil con la aljaba preñada de hirientes saetas bajo las cuales perecieron los nobles galanes. Un poco más allá, un escudo y un yelmo de bronce con altos penachos de crines. Y en el centro del salón, el trono de fúlgido bronce desde donde gobernaba el Rey de la isla.

Avanzó con cautela. Ingresó al segundo piso del palacio. Juan Quispi parecía flotar en el aire. La diosa protectora no lo escuchó mientras abría la puerta del

dormitorio y allí, en el lecho yacía Ulises y Penélope bajo el hechizo del sueño. Tensó su huacachina y disparó la flecha al corazón de Ulises. “Por Polifemo”, murmuró Juan Quispi mientras su ojo resplandecía. La coca, como un manto de bruma, lo envolvió.

Juan Quispi, hijo de dioses, sobrevoló Itaca para luego regresar a su amada isla de Intiqarka.



Foto de Paola Lagos, Frutillar 2010.

Pedro Guillermo Jara

Realizó estudios de Literatura en la Universidad Austral de Chile.

Es fundador, editor, Director de la revista de bolsillo *Caballo de Proa*.

Últimas publicaciones: *El Korto Circuito* (Afiche-literario), Autoedición, Valdivia, 2008; *Tres disparos sobre Valdivia, de Peter William O'Hara* (Colección Ínsula Barataria, El Kultrún / Consejo Regional de la Cultura y las Artes Región de los Ríos, Valdivia, 2009.

Algunos premios: El 2003 obtiene la *Pasantía para Escritores Profesionales* del Consejo Nacional del Libro y la Lectura, para terminar de escribir el libro-objeto *El Rollo de Chile Chico* y el 2006 obtiene el premio Crónicas Regionales por su libro *Patagonia Blues*, del Consejo Nacional del Libro y la Lectura.

Contacto: cabalodeproa@gmail.com